

# MUSEO DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO MENSUAL

PUBLICADO Y DIRIGIDO POR MELLADO.

SEGUNDA SERIE.—AÑO DECIMO SESTO.



*Reg. 1958.*

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO.

**MADRID.**

CALLE DE SANTA TERESA, NUM. 8,  
y del Príncipe, núm. 25.

**PARIS.**

RUE SAINT-ANDREE DES ARTS, NUM. 47,  
y de Provence, núm. 42.

1858.





# MUSEO DE LAS FAMILIAS.

SEGUNDA SERIE.

**AÑO DÉCIMO SESTO.**





HEMEROTECA  
MUNICIPAL

# MUSEO DE LAS FAMILIAS

Reg.º 1959.

PERIODICO MENSUAL PINTORESCO.



INOCENCIA. — JUVENTUD. — ALEGRIA.  
AUDACIA. — FUERZA. — VALOR.

ECONOMIA.

PRUDENCIA.



## LOS PLACERES DE CADA EDAD.

Fué un pobre autor loco, ó un sabio de nuestros buenos antiguos tiempos, el que compara nuestra existencia al primer día bueno de la primavera.

La infancia, dice, es la aurora. El astro divino que sube á los cielos á la sombra del verde sicomoro, parece sonreír á todos nuestros juegos.

Bailad, cantad, alegres novadores, himnos de guerra ó alegres canciones: es la armoniosa música que á Dios repiten los ecos.

Todos os aman, hermosas rubias, graciosas morenas: brote flores la tierra que pisais, emprended vuestros juegos de nuevo, vuestras ruedas, sencillos cantares, no los dejéis, amables niños.

Vertiendo el sol sus mas ardientes rayos sobre nuestra cabeza, alumbrada de repente la tempestad de nuestros veinte años.

Entonces place la caza que se estravió por los valles y los montes, y ya resuena la ruidosa trompa. ¡Ay de la perseguida gacela! ¡ay de los pacíficos moradores de los bosques!

En derredor de una mesa cubierta de manjares y de vinos, mirad esos soldados echados de pechos sobre ella.... Es la estúpida y brutal orgía, la embriaguez del vino y del juego.

El sol de hora en hora va agrandando las sombras del negro bosque, y el anciano dirige sus tardos pasos á su morada, porque va llegando la noche.

El avaro con ansiosa mano, vierte el tesoro que ha juntado, y lo esconde, y el justo con tímida mirada abre y recorre el libro del pasado, y espera en el porvenir.

Los dos al final de su carrera, tocan en el momento de su descenso, mirando pensativos atrás el camino que han recorrido!

Siente el uno pesares, abriga el otro esperanzas, cuando llega la hora del último sueño entre los brazos del Dios Padre, á los últimos rayos del sol.

Decididamente, pienso que un loco autor de nuestros buenos antiguos tiempos, es el que comparó nuestra existencia al primer día hermoso de primavera.

## EL MATRIMONIO DE MI ABUELO.

### I.

En tiempo de la dominación española, era la residencia del gobernador de Gibraltar una casa religiosa, de donde se origina que se llama todavía en la actualidad el convento. Una larga galería cuadrangular que atraviesa el interior del edificio está adornada con los retratos de todos los oficiales que asistieron al famoso sitio de 1779 á 1783. El estilo de aquellos retratos prueba que en aquella época la escuela de Rafael era ignorada todavía en Gibraltar. No citaré mas que el que representa el personaje de mi abuelo. Si he de creer á un retrato suyo, hecho por sir Joshua Reynolds y á una pequeña miniatura que posee todavía la familia, mi abuelo debía ser un caballero de buena presencia, uno de esos ingle-

ses de antigua estirpe, de maneras afables y fisonomía marcial. El retrato del convento se semeja sin duda; pero está lejos de ser tan lisonjero: es mi abuelo, visto á través del lente infiel de unos malos gemelos de teatro. Tiene la frente mas corta una pulgada cumplida, su bella nariz aguileña se ha convertido allí en una especie de gran promontorio en medio de una ancha plataforma, y su mirada ha ganado en ferocidad lo que ha perdido de expresión meditabunda. A no ser por la sombra inmóvil de aquella figura, debería formarse una idea muy poco halagüeña del carácter de mi antepasado. A poco mas se podría comparar aquella fisonomía desapacible y aquel talle tieso, á las esculturas de madera de las proas de los navíos, ó de los héroes de las muestas de taberna. Me apresuraré, sin embargo, á añadir que mi abuelo no ha sido maltratado con mas encarnizamiento por el artista que lo fueron sus compañeros de armas.

Al lado del famoso retrato en cuestión hay un gran lienzo representando un consejo de oficiales, celebrado durante el sitio. A pesar de la gravedad de las circunstancias y de la inminencia del peligro, es imposible descubrir en las facciones de los que forman la intrépida asamblea la mas ligera emoción. Y aunque mi abuelo, además de los favores que ha recibido en el otro retrato, está adornado aquí con dos ojos que miran bizco, no es sin embargo, el mas feo de la concurrencia.

El ilustre gobernador Elliot ha padecido de otra manera entre las manos del artista. Además de la composición susodicha, Elliot está representado también en estatua en la Alameda, y desgraciadamente para él, se halla tallado en una madera de naturaleza muy fuerte. Sus facciones están completamente en relieve, especialmente la nariz; y nadie dirá que piernas tan pequeñas sean capaces de sostener el peso de un sombrero tricórnio tan enorme; en fin, su actitud es tan militar que se ha juzgado prudente apuntalar al gran capitán para impedir se caiga hacia atrás.

Mi abuelo Jhon Flinders había ido á reunirse á la guarnición de Gibraltar con el grado de mayor de infantería, algunos años antes del sitio de aquella plaza. Tenía entonces cuarenta y siete años, y hasta aquella edad había permanecido en el celibato mas obstinado; y no es que hubiese declamado jamás contra la institución del matrimonio á la manera que lo hacen hoy algunos de nuestros jóvenes ya por que tengan igual indiferencia para con todas las mugeres, ó por que ninguna muger haya querido tomarse el trabajo de apoderarse de sus corazones por asalto.

Mi abuelo no se había casado, á mi parecer, porque jamás le había ocurrido aquella idea. Rara vez se mezclaba de propio *motu* en la sociedad de las damas; pero cuando lo hacia nadie demostraba mas galante solicitud para con el bello sexo. Unos despues de otros había visto á sus viejos camaradas renunciar á la vida libre de solteros, para entrar en la obligación de la casa, y como se dice, terminar por ahí. En tales casos jamás dejaba de felicitarlos y aun aceptaba ser padrino de su descendencia; pero no había parecido desear semejante felicidad para sí mismo en ninguna ocasión.

Su modo de vivir denotaba en grado eminente, sus hábitos de existencia solitaria para que pudiera suponerse que hubiese podido jamás acomodarse á la existencia de dos. Se levantaba precisamente á tal hora, se acostaba á tal otra: montaba á caballo por la mañana, volvía todas las noches en el mismo minuto, y dividía escrupulosamente su vida entre



la lectura y la pipa, costumbres regularizadas que la presencia de una compañera hubiese inevitablemente desarreglado. Por esto es por lo que, sin profesar doctrina alguna malthusiana, sin tener que compadecer la suerte de los esposos á quienes conocia, sin sostener respecto al bello sexo las preocupaciones de un Misogyne, sus castillos en el aire jamás fueron habitados por ninguno de sus problemáticos descendientes.

Mi abuelo tuvo el honor de que en su tiempo no se sintiese el tormento de esa fiebre intelectual que hace á las gentes completamente miserables. Dedicándose á la investigacion de la antorcha metafórica del progreso humano ó humanitario, segun la espresion moderna, nunca se propuso ni aun iluminar siquiera su propia imaginacion con las luces de la ciencia. Jamás existió hombre mas inútil y al mismo tiempo mas satisfecho de su destino; jamás intentó el menor esfuerzo de propaganda utilitaria ó filantrópica; jamás tampoco se quejó de la monótona uniformidad de su vida de guarnicion. Seguramente leia mucho, pero no tenía la pretension de ser instruido; leia para distraerse. Las obras serias que hubiesen estimulado sus facultades filosóficas, jamás le habian seducido; si se sometia á las conmociones de la pila de Volta, lo hacia únicamente por el placer de contemplar el juego de sus músculos. A los ojos de ciertas sectas, aquel abandono relativo hubiera podido pasar por filosofía; pero ¡cuánto no se hubiera sorprendido mi abuelo si se le hubiese dicho que era un filósofo!

Mi abuelo vivia pues, á su modo, con el alma perfectamente tranquila y sin tomarse el trabajo de pensar,—operacion que le hubiera repugnado, y que hubiese sido sin provecho para el mundo. Habia trasplantado sus hábitos ingleses á Gibraltar, y despues de haber vivido allí dos años, no conocia de la España y de los españoles mas que la vista de las montañas de Andalucia que distinguia desde lo alto de la fortaleza, y lo que habia observado en el corto paseo higiénico que daba todos los días á caballo por la costa, mas allá de las líneas españolas, con el objeto de escitar el apetito y facilitar la digestion. Muy probablemente hubiera continuado vegetando de la propia suerte, sin un nuevo conocimiento que hizo allí en aquella época.

Franck Owen, á quien sus amigos llamaban ordinariamente Garry Owen, era uno de esos genios alegres, cuya risueña fisonomía y maneras atractivas sirven de perpétua excusa á todas las brechas que con la alegría del corazon abren en el decoro y en las conveniencias sociales. Reprendiéndole siempre sus numerosas faltas á los deberes del servicio militar, el coronel del regimiento habia concluido por cambiar el tono rígido y severo de la reprimenda en amonestaciones amistosas, cediendo, acaso sin saberlo, á la popularidad del incorregible delincuente. El capitán Hedgehog, que habia muerto en duelo á uno de sus camaradas por haberle tiznado el rostro con un tizon un día que estaba ebrio, cuyo recuerdo trataban todos sus enemigos de evitar, cualquiera que sea la terrible susceptibilidad, se contentaba con gruñir sordamente á las imprudentes alusiones que le lanzaba el imperturbable epigramático. Tres meses despues de su llegada á Gibraltar, sorprendido un día infragante por una anciana señora española, orgullosa y desabrida, y cuya hija se habia permitido abrazar, oculto por el gran abanico dorado de la señorita, el mismo Garry, por su amable impertinencia, obtuvo el honor de depositar un beso respetuoso sobre la mano de la mamá.

Aquel jóven oficial llevó de Inglaterra una carta de su madre, anciana viuda, y cuya señora era antigua amiga de mi abuelo, quien, unos treinta años antes, le habia visto muy niño. La tierna madre, recomendaba al mayor su hijo Franck, que entraba en el regimiento con el grado de alférez; se extendia larga y patéticamente acerca de las excelentes y numerosas cualidades morales y religiosas del jóven, deplorando el vacío doloroso que su partida iba á dejar en torno de ella. En suma, mi abuelo, por aquella carta, esperaba recibir á un jóven tan dócil como tímido, que tenia mas necesidad de un mentor para animarle que para contenerle. Despues de haber tratado en vano de descubrir en su jóven amigo, alguno de los rasgos característicos pintados en la carta de su señora madre, el mayor, bondadoso y accesible, no tardó en verse acusado de mimar á Garry con su indulgencia. Este risueño protegido fué el que causó una verdadera revolucion en la existencia del grave protector. Su apacible habitacion, silenciosa en otro tiempo como la celda de un monje, estaba entonces ocupada á todas horas por el jovial Garry, y el mayor, medio refunfuñando, medio riendo, cerraba su querido tomo para escuchar las confianzas de su aturrido Telémaco. En dos ó tres ocasiones su complicidad fué mas lejos. Una vez consintió, á la hora en que comunmente se metia en la cama, en acompañar al jóven á un baile de máscaras, diversion á que la juventud de la ciudad tiene costumbre de entregarse en compensacion de las mortificaciones de la cuaresma, y donde los dominós, los enmascarados se ayudan recíprocamente para engañar la mirada de lince de las dueñas. No solo se mezcló el mayor á la multitud, sino que se encontró, hácia la media noche, figurando en persona en un arrebatador fandango con una encantadora señorita de trece años, cuyas miradas y posturas descubrian precoces progresos en el arte de las intrigas de baile. En aquella fiesta nocturna, Garry, hasta entonces medianamente voluble, se prendó ciegamente de una vivaracha española con quien habia bailado. La graciosa apostura de la jóven y la viveza de sus movimientos, le habian cautivado al primer golpe de vista; pero cuando despues de bailar obtuvo por su elocuencia anglo-hispana que levantara un momento su careta, el efecto de sus grandes ojos y sus negras cejas, adorno casi constante de la belleza andaluza, y la perfeccion mucho mas rara, el tinte sonrosado claro de su tez, acabaron de subyugarle completamente. ¡Ay! habia desaparecido del baile silenciosamente y sin ser vista, como una huri del Paraiso se evapora al despertar un pachá. Todas las tentativas que Garry Owen habia hecho inmediatamente durante los dos meses consecutivos para volverla á hallar, habian sido vanas.

Una mañana mi abuelo estaba sentado almorzando en el corredor de su habitacion, situado al extremo de la roca y dominando la ciudad. Por bajo de él se extendian los terrados de las casas, y de distancia en distancia se elevaban esas azoteas llamadas *miradores*, desde lo alto de los que los habitantes de Gibraltar, medio tostados por el sol y ahogados en sus calles estrechas, iban á respirar la brisa del mar y contemplar las montañas de España. Posteriormente han arrasado las balas del enemigo aquellos pintorescos edificios, y despues de la guerra no los han reedificado. Mas allá de la línea blanca que traza la muralla exterior, se destaca la costa de la bahía, y al otro lado se descubre la costa de color de púrpura de la península ibérica, sembrada de casas blancas



como las velas que reflejan acá y allá sobre las olas. Mi abuelo dilataba su alma en un estado de feliz tranquilidad. Aspiraba con toda la fuerza de sus pulmones el balsámico olor de los anchos canastillos de geráneos de su pequeño jardín y de rosas que entrelazadas á la vid formaban el techo de su corredor. Sorbía un espeso chocolate, comiendo al mismo tiempo salmónete asado á la papillot, cuyo sabor comparaba al de otra variedad de pescado de la misma especie que recordaba haber comido en el Devonshire en los días de su juventud. Encima de su jicara, y apoyado en el borde de un plato de higos rojos, había un volúmen de Shakspeare enteramente abierto.

El mayor no era de esos lectores á la vez pedantes y ligeros, que hojean un drama ó un poema como se recorre un periódico, que le analizan y dan sobre él una opinion antes que el aficionado concienzudo haya salido de la intriga del primer acto ó leído el primer canto: no, el mayor leía cada verso y daba rigurosamente su sentido bueno ó malo á cada espresion. Sin cuidarse demasiado de la verdad dramática de los caracteres, como de la autenticidad de los personajes históricos, razonaba sobre su manera de decir y hacer como hubiese razonado acerca de las palabras y los actos de sus conocidos íntimos. Así que no pudo jamás darse cuenta de la locura de Hamlet, de otro modo que suponiendo que en alguna época había recibido el príncipe algun golpe fatal en la cabeza, ó que acaso, siendo niño, le habría dejado caer su nodriza,—especie de accidentes que producian frecuentemente aberraciones de juicio pasajeras, como él mismo había visto de ello varios ejemplos. En cuanto á Yago, el mayor, consignó en un viejo libro de memorias, confidente de sus reflexiones íntimas, escritas con una ortografía dudosa y con una tinta amarillenta por el tiempo, la opinion de que era un malvado perdido, y esto con todo el énfasis de un hombre honrado que acaba de descubrir un crimen y que desea ardientemente se haga recta aunque tardía justicia, de la memoria del culpable. Pero su personaje favorito era Falstaff: «Un diestro picarillo, decía, un mozo que no era mas holgazán que vos ó yo, caballero.» Mi abuelo no había leído como nosotros, como se comprende, los comentarios alemanes de Shakspeare.

Mi abuelo procedía lentamente en su comida, llevando con una mano la jicara de chocolate á los labios, y con la otra volviendo la hoja de su libro: operacion para la que había esperado á que una gran mariposa dorada que se había colocado sobre la página, quisiese emprender su vuelo é irse mas lejos. Había vuelto de la parada, y todavía tenia puesto su calzon de ante y su chupa encarnada bordada de oro; pero una bata á grandes ramos y unas chinelas amarillentas á la turca, suavizaban el aspecto guerrero del resto de su traje. En aquel momento se abrió la puerta del jardín, y pasos muy conocidos se oyeron en la escalera del terrado. Franck Owen, vestido con el fresco trage español, entró, se detuvo á tres pasos del mayor, quitóse su sombrero é hizo un profundo saludo.

—Mi querido mayor, dijo, me representais la tranquilidad espiritual, mezclada con un ligero tinte de sensualidad.... Mas ¿desde cuándo acá os desayunais con arañas? añadió sentándose frente al mayor, y enseñándole una enorme araña mosquetada de rojo, que se había dejado caer del techo sobre el bocado que mi abuelo llevaba en aquel momento á la boca.

El mayor separó el insecto cogiéndole por una pata.

—He aquí el inconveniente de la comida al aire libre, mi querido Franck, dijo. Ayer dividí en dos trozos á una lagartija verde que se había aventurado á entrar en mi plato, y que había tomado por una hoja de ensalada; así, mas ocupado, como de costumbre, de mi libro que de mi almuerzo, estubo en poco que me tragara la cola del desventurado animal.

—Hay seres mas desagradables que lagartos, respondió Garry. Las hormigas, por ejemplo, son seguramente menos sanas.—Y llamó la atención del mayor hacía una larga vía negra de esos interesantes insectos, que saliendo de un agujero del pico, pasaban, sin romper sus filas, por encima de la pierna izquierda de mi abuelo, que escalaban para preparar al mantel y detenerse en el pan, objeto de su expedicion.

—¡A fè mia! dijo el mayor levantándose, y sacudiéndose los calzones para echar á las merodeadoras, preciso será que en lo sucesivo fije mas en ello mi atención. ¡Pero por la noche es mucho peor! Me he visto obligado á renunciar á leer á esas horas, porque sentia pena en el fondo de mi corazón, al ver las nocturnas mariposas venir á quemarse las alas en la vela, hasta el punto de estar el pábilo casi ahogado por sus calcinadas alas.

—¿Sabeis, mayor, dijo Owen gravemente, que ya á consecuencia de vuestro régimen entomológico, ó por la vida sedentaria que llevais, os vais poniendo horriblemente obeso, y que desfigurais completamente la perfeccion de vuestro tallo? No os doy de término mas que ocho días, para que vuestra barba y vuestras rodillas no formen mas que una redondez completa, sin la menor desigualdad, ni solucion de continuidad.

Mi abuelo echó una mirada disimulada á su chupa.

—No, querido, no, dijo; si hubiera la menor diferencia, lo conoceria en mis vestidos. No creo haber engordado el peso de una libra, de un año á esta parte.

—De cincuenta, querreis decir, replicó Garry. Todos lo hemos observado en la revista, y con disgusto. Ahora, lo que os hace falta es un viage por mar, solo eso puede volveros vuestras verdaderas proporciones, y por mi parte os propondré uno que haremos juntos.

—¡Un viage por mar! exclamó mi abuelo. ¿Habeis perdido la cabeza, mi querido amigo? No emprenderia una travesía de un día, por ver todas las maravillas que vió Simbad el marino. ¡Ah! bastante he sufrido para venir de Inglaterra aquí. Creo, añadió mi abuelo dando un suspiro retrospectivo, que mis vias digestivas no se han repuesto desde entonces acá.

—¡Bah! enfermo con un tiempo en calma,—¡vamos pues! replicó el aturdido jóven.—Tengo dispuesto todo, y cuento con vos, continuó sacando de su bolsillo un gran cartel impreso, que desplegó delante de mi abuelo. A la cabeza se leía con grandes mayúsculas: «PLAZA DE TOROS,» y debajo había un grabado en madera, representando un toro con la vista fija, la cola encrespada y dispuesto á lanzarse sobre el espada que se disponia á darle una estocada. Seguía en español el programa circunstanciado de una gran corrida de toros, que debía verificarse de allí á poco en Cádiz. Se hablaba allí de la ferocidad de los toros, el número de caballos que se esperaba ver derramar sus intestinos en la arena, y la habilidad de los picadores y de los espadas que debían trabajar en la corrida.

El mayor movió la cabeza; el seductor prospecto no tenia



ningun encanto para él. Lo he dicho muy alto, mi abuelo no era curioso. Garry Owen se puso entonces á pintarle las delicias de la escursión bajo los mas brillantes colores que pudo imaginar. Irian á Cádiz en un buque que habia comprado hacia poco; un gallardo velero con cámara de proa, y bajo cuyo puente el mayor podia tenderse cómodamente, y dormir como en su cama. El buque estaba provisto de cocina y utensilios culinarios..... Como en esta parte del discurso se extendió el tentador largamente, acerca de las excelentes cosas que se guisarian y comerian durante la travesía; como insistió en el aumento de apetito que da el aire del mar, hubo en las convicciones de mi abuelo un relámpago de indecision que se reflejó en su mirada. Llegareis, dijo Owen, con un estómago tan completamente restablecido, que á cada una de vuestras comidas mi nombre vendrá á vuestros labios como una accion de gracias. En cuanto al mareo, no temais nada; este barco nos llevará allá en doce horas, tan suavemente, que os creereis en un lago.—En fin, el diablo del alférez terminó su discurso, colocando á la vista del mayor una solicitud de licencia hecha ya, y que no esperaba mas que su firma.

Mi abuelo hizo algunas débiles objeciones que Owen refutó con su abandono ordinario. ¿Qué medio habia de resistir á semejante voluntad?

A las cinco del mismo día se dejó conducir el mayor á través de las calles de la ciudad hasta el embarcadero del puerto, no sin causarle algun sentimiento abandonar sus queridos lares. ¡Pobre abuelo mio! ¡No pudo advertiros entonces ningun presentimiento, que en lo sucesivo entraria en otra senda vuestra existencia, y que no volveríais á entrar solo en vuestro tranquilo hogar!!!

Owen se habia ataviado para aquella expedicion con un traje semi-marino, compuesto de una camisa de algodón azul claro, abrochada al cuello por una bonita presilla, de una blusa azul, de un ancho pantalon de hilo, y un gorro español. Este traje le sentaba muy bien, y de ello parecia estar él convencido; esta era tambien la opinion de las morenas de la ciudad, que de codos tras sus verdes celosías, le sonreian de vez en cuando á su paso y le hacian señales de inteligencia; porque el alférez era el favorito del bello sexo de Gibraltar.

El mayor se habia acomodado con sus calzones de ante (que en revancha mantenian firme su persona) y su casaca roja de uniforme, luego se puso botas de montar y se caló su sombrero de ordenanza. Cada vez que descubria un medio saludo desde alguna ventana, llevaba la mano á su sombrero, y miraba á la risuena señorita, que generalmente volvia otra vez á cerrar la celosía, antes de que hubiera tenido tiempo de terminar su político cumplimiento. Despues de cada aventura de esta especie, mi abuelo continuaba su camino mas orgulloso que nunca.

Atravesaron el puente levadizo, pasaron por entre la multitud de turcos, judíos, infieles y hereges que siempre obstruyen el muelle, y entraron en una lancha que los condujo al buque de Owen, la *Bella desconocida*, como él le habia bautizado en memoria de su misteriosa señorita del baile de máscaras. Encontraron en él un marino que debia acompañarles en su expedicion. Era un tal Francisco, contrabandista conocido, cuya amistad se habia asegurado

Owen hacia poco tiempo, y que le servia de teniente en sus escursiones náuticas. El buque era un esbelto cutter pintado con limpieza, bien dispuesto, y que podia contener muchos pasajeros con comodidad. Francisco era un hijo de las olas, fornido y de tez bronceada, tipo de franqueza y buen humor. Habiendo entrado á bordo mi abuelo, saludó con sus botas de montar, y el buque, provisto de equipages y de provisiones de boca, largó sus velas y entró suavemente en bahía.

La brisa era ligera; bogaron, como lo habia prometido Owen, sin muchas sacudidas. Mi abuelo se puso entonces por primera vez á examinar desde la mar el aspecto de los lugares que habitaba hacia dos años.

A los rayos del sol poniente, la áspere y secular roca dulcificaba sus rudos contornos, los cristales de las ventanas despedian reflejos rojizos, las paredes resaltaban por su blancura y los árboles se tenian de un verde mas amarillo; una sola nubecilla se balanceaba hácia el Oriente en la region celeste. A medida que la distancia hacia los objetos mas confusos, la cortada silueta de la roca tomó esa forma que ha hecho le den los españoles el nombre de *El cuerpo*, es decir, la de un hombre inmensamente colosal tendido de espaldas y envuelto en un sudario como el cadáver de un titán sobre una pira funeraria, con la cabeza á la parte de España, el pecho hácia el sitio de Midd-le-Hill, las rodillas ligeramente dobladas hácia la torre de O'Hara, y las piernas pendientes apoyadas sobre la Europa. El sol se apagó en las olas cuando doblaron la punta de Cabrita, y la brisa que refrescaba les llevó rápidamente bajo las altas y erizadas crestas que bordean la costa de España.

Entonces Francisco encendió un fuego de carbon y colocó en una cazuela magníficos trozos de vaca muy tiernos, sazonados con tomates y cebollas picadas, cuyos vapores hicieron saltar lágrimas de reconocimiento y de apetito de los ojos de mi abuelo. Así el mayor se puso á vigilar atentamente la cocina, permitiéndose de vez en cuando algunas advertencias, proponiendo alguna adición de cebolla, un polvito de pimienta, algunos pedacitos mas de guindilla, etc. Era de verle, alegremente sentado, con un plato sobre sus rodillas, un pedazo de pan y una taza á su lado, en una mano su tenedor y en otra su cuchillo: estaba realmente retratada en sus ojos la felicidad. Pero cuando Francisco, juzgando el guiso en su punto, aproximó el plato al mayor, aquel hombre escelente, á la vista del apetitoso manjar, sintió una verdadera amistad hácia el travieso contrabandista, y llenando con colmo un vaso de Jerez, brindó á su feliz viage.

Tres veces volvió mi abuelo á la carga con su plato vacío, en seguida comió aun un trozo de pastel frio, siempre conversando, y terminó su cena con un pedazo de manteca para ayudar á la digestion. Concluida la comida, se dispuso á descansar, cruzó filosóficamente los brazos sobre el pecho, y declaró con lo íntimo de su corazón, que jamás habia cenado mejor; á muy poco, cuando para completar la fiesta, le puso Owen en la mano un vaso de humeante ponche, dejó caer sobre el jóven una mirada verdaderamente paternal. Estuvo sumamente complaciente y bondadoso en su conversacion, como hacen las gentes que han comido bien, hizo un elogio del tiempo, del buque, de la mar, etc., etc.; se preguntó con interés á donde podia ir e caballero que trepaba lentamente por un sendero de la escarpada costa al alcance de la bocina del buque, y acom-



en la realidad, embellecido con las mas románticas espresiones de una admiracion caballeresca, como lo indicaba el continuo uso de las palabras «ojos, corazon, cielo,» y otras análogas del idioma enamorado. El mismo don Quijote no hubiese traducido mejor á Shakspeare.

—¡Ea, pues, mayor! dijo el intérprete al terminar; acabo de trasmitirle lo que me habeis dicho con respecto á ella.

El mayor se atribuyó el cumplido poniendo la mano sobre el corazon y saludando con el aire mas tierno. A lo que Carlota, con la sonrisa en los lábios y las mejillas encendidas, le dió gracias como mejor pudo.

—Contesta ella, replicó Franck, que conocía á los ingleses hacia mucho tiempo y los tenia por valientes; pero que si todos los caballeros (dicho de otro modo, los *gentlemen*) de esa raza feliz se pareciesen á los que tenia á la vista, sus compatriotas los españoles no podrian ponerse en parangon con ellos.

—¡Delicioso! exclamó mi abuelo. Falta sin embargo saber si aquella espresion de placer la pronunciaron sus labios por los sentimientos de la señorita ó por el esquisito gusto de un bocado de lechoncillo asado con que regalaba en aquel momento las fibras mas delicadas de su paladar.

El malicioso alférez, ocupándose siempre de su propia empresa mas grave sobre el amor de Juana, continuó persuadiendo á Carlota y al mayor que habian concebido el mas favorable sentimiento con respecto el uno del otro. Con respecto á este punto, salió bastante bien: las palabras que dirigia á Carlota como viniendo directamente de mi abuelo, eran dichas con un calor tanto mas verdadero, cuanto que generalmente no eran sino la repetición de las que acababa de decir él mismo al objeto de su amor, bajo su inmediata inspiracion; mientras que por otro lado, para engañar á mi abuelo,—tanta era la sencillez del buen señor,—no se necesitaba mucha dosis de astucia y de imaginacion.

Mi abuelo y Carlota, viajaron, pues, de aquella manera, igualmente encantados, prosiguiendo su conversacion entre gestos y sonrisas;—de modo que mi abuelo se sentia completamente satisfecho, y casi sintió haber llegado, cuando al día siguiente por la noche entraron en Cádiz.

(Se concluirá.)

## GUILLERMO I REY DE PRUSIA.

Una tradicion popular alemana pretende que la víspera del día en que debe morir un rey de Prusia, aparece la Dama Blanca, bajo las sombrías bóvedas del palacio de Postdam.

Se cuenta que apareció en la noche del 6 al 7 de junio de 1840, y Federico Guillermo III, aquel de quien decia Napoleon I que era el mas grande tonto de la tierra, sin instruccion, incapáz de sostener una conversacion cinco minutos, con todo el aire de un verdadero don Quijote, moria á la mañana siguiente dejando la corona á su hijo Federico Guillermo IV.

¿Apareció la Dama Blanca en la noche del 1.º al 2 de enero de 1861? La historia permanece muda en este punto, su silencio podria pasar mas fácilmente por un mentís

dado á la tradicion, aunque la fecha es demasiado reciente y las misteriosas relaciones de la leyenda, no se avienen bien si no con los dudosos resplandores de lo pasado.

Sin embargo, Federico Guillermo IV iba á morir. No demos mucho crédito á las leyendas, y oigamos á la historia que no engaña.

Federico Guillermo IV habia nacido en 1795, fué pues uno de los testigos, si no uno de los actores, del gran drama militar que señaló el principio del siglo XIX. Despues de aquellas luchas homéricas, iba á abrirse una era de paz y de tranquilidad que convenia mejor á la naturaleza del futuro rey de Prusia, porque si bien no puede negársele el valor de sus abuelos, es preciso reconocer que sus gustos y aficiones eran mas las de un Mecenaz, que las de un César. Entusiasta admirador de la edad media hacia restaurar los viejos castillos góticos de Stolzmfels y de Marienburg, la antigua residencia de los caballeros teutónicos. Protector ilustrado de las artes, llamaba en torno suyo todo lo que la literatura, la pintura, la música, contaba de mas ilustre en Alemania y en Europa. En un viage á las orillas del Rhin en 1833 rescataba los restos de Juan de Bohemia que se hallaban en poder de un industrial, de quien los recogió, para tributarles los honores que le eran debidos.

Su papel como rey es menos brillante. En efecto, no son lo mismo sus deberes, y la responsabilidad es mas pesada, y en las graves circunstancias en que la firmeza y la decision son las principales virtudes de los príncipes, el carácter irresoluto de Federico Guillermo IV debia dejarle sin defensa á merced de los sucesos y de los partidos.

Riéndose un poco de todo, y naturalmente ante todo de las cosas serias, poseía en el supremo grado esa bondad y sencillez que es uno de los rasgos característicos del talento de la raza germánica. Así es, que muchas veces salió de un mal paso con una feliz ocurrencia, pero las felices ocurrencias no bastan siempre en política, y demasiado á su costa lo aprendió. En 1823 se habia casado con Isabela Ludovica, hija de Maximiliano rey de Baviera, nacida el 13 de noviembre de 1801. Esta princesa no le dió herederos.

En 1840, la muerte de su padre le llamaba al trono. Su hermana se habia casado con el emperador Nicolás de Rusia, y una viva amistad se estableció entre los dos cuñados. El tiempo de las pruebas iba á comenzar muy pronto para el rey. Dejábale ya sentir en Alemania, la agitacion que debia producir la revolucion de 1849. Los prusianos pidieron una constitucion, Federico Guillermo resistió.

—No quiero un *pergamino* entre mi pueblo y yo, dijo.

Esta vez le salió bien la ocurrencia y todos la celebraron.

Pero al año siguiente el torrente revolucionario conmovió su trono: Federico Guillermo cedió ante el motin y alejó de Berlín á su hermano el príncipe de Prusia, de quien desconfiaban los patriotas.

Pero tambien se consolara con una ocurrencia.

—Estoy orgulloso de que mi capitan se muestre tan valiente,

Se pone entonces á la cabeza del movimiento unitario. Es sabido que la corona de Alemania ha sido en todo tiempo el sueño dorado de su dinastía; pues bien, la diputacion de la asamblea de Franfort viene á ofrecerle esa corona....

¿Qué va á hacer? ¿Aceptará? La ocasion no puede ser mejor. No, se turba, vacila, le aterra la responsabilidad, retrocede.